



Hay segundos eternos, los que median entre eso que deseamos con todas nuestras fuerzas y el instante en que lo conseguimos. Con el objetivo cumplido, aquello que nos provocaba tanta ansiedad deja de interesarnos y buscamos otro motivo para impacientarnos. Vivimos así en un permanente estado de espera. Y la espera, nos enseñó Samuel Becket, no tiene nada que ver con la esperanza



IMANOL QUEREJETA Y JAVIER VIZCAÍNO

¿Por qué siempre tenemos la impresión de que el semáforo tarda demasiado en cambiar de rojo a verde? ¿Por qué según acabamos de pedir el cortado empieza a parecerse que ya deberíamos tenerlo sobre la barra?

Eso sólo ocurre cuando vamos de prisa. Lo que pasa es que el tren de la vida va muy deprisa y yo creo que ya hace tiempo que nos ha bajado a la vía y corre detrás de nosotros, que es que si no, no llegamos. Si pensamos en frío, somos capaces de comprender que cada cosa lleva su tiempo y que no podemos hacer nada por acelerarlo. Sin embargo, a la hora de la verdad, puestos en situación, la teoría no nos sirve. ¿Es la impaciencia uno de los sentimientos humanos más irracionales?

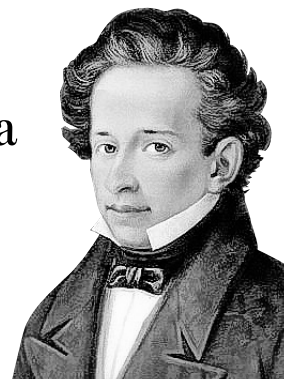
Yo siempre digo algo que aprendí de muy niño, que es que una hora tiene 60 minutos y cada minuto 60 segundos y no puede ir más de prisa. Ocupar nuestra cabeza durante la espera es útil y planificar (qué palabra más divertida)

# ¿Falta mucho?

## La impaciencia alarga los minutos



“La paciencia es la más heroica de las virtudes, precisamente porque carece de toda apariencia de heroísmo”  
(Giacomo Leopardi)



nuestra tarea también. La combinación de las dos una manera segura de no adelgazar mientras nos llega eso que tanto estamos ansiando. Sería lógico pensar que los años atemperan ese estado de ansiedad. ¿Nos volvemos más pacientes con los años?

Sí. Algo tenían que tener los años de buenos y es que tienes otra perspectiva del tiempo. En nuestro anterior formato dije más de una vez que nuestra capacidad de esperar, nuestro sentido del tiempo, depende directamente de lo que hemos vivido. Para un niño de 5 años, decirle que eso que pide se lo traerán los Reyes Magos “el año que viene” es pedirle que espere una quinta parte de lo que ha vivido, que es una eternidad para él. Si me dicen a mí que tengo que esperar esos 5 años, según lo que sea, no me gusta, pero lo puedo elaborar de otra manera.

Como todo, estas cosas hay que trabajarlas desde la infancia, pero, ¿cómo hacer que un niño entienda, como decías antes, que un minuto tiene sesenta segundos y una hora, sesenta minutos?

Pues creyendo en los milagros, porque un niño te escuchará atentamente a todo lo que le expliques acerca del tiempo y cuando hayas terminado, si es un niño de los de

verdad, te dirá: “Sí, sí, pero ¿falta mucho?”. Acuérdate de los viajes con nuestros aítas o con nuestros hijos y recordarás que la pregunta más repetida durante todo el viaje era: “¿Cuánto falta?”. Yo creo que hay que contar con un buen mago para conseguir eso que tú te propones y te diría más: si te lo planteas en cada ocasión, tal vez des con la clave esporádicamente, pero si quieres repetir respuesta para la siguiente, el niño ya se la habrá aprendido y no te servirá.

Puede que suene a tópico facilón, pero esta sociedad de la prisa, de la necesidad de satisfacer todo al instante, parece un buen caldo de cultivo para la impaciencia. ¿Somos más impacientes que los de generaciones anteriores?

En lo que yo veo, sí. La información va a la velocidad del rayo y para cuando estamos terminando de hacernos a la idea de que podemos adquirir algo que nos gusta mucho, ya tenemos otra web que nos anuncia algo tan bonito, seguramente con más prestaciones y más barato. Sí, vivimos muy deprisa. El tiempo ya dejó de ser oro hace mucho, aho-

ra el tiempo es tiempo. Una paradoja: nunca nos parece que algo va lo suficientemente rápido. En los años sesenta un coche que alcanzara los cien kilómetros por hora era un bólido. Hoy vamos a 120 por la autopista y tenemos la sensación de ir a paso de tortuga... Eso serás tú, que eres un lanzado. Lo que pasa es que las máquinas hoy en día son más potentes, están mejor acabadas, saltan solas en cuanto acaricias el acelerador, están muy bien insonorizadas, las carreteras son mejores y la comodidad nos hace tener la sensación de que vamos despacio. Sin ir más lejos, cuando vamos en avión te parece que vas parado porque hasta puedes comer con mucha comodidad, pero si te cruzas con otra nave que va en dirección contraria te das cuenta de que, nunca mejor dicho, vas volando.

¿Se puede hacerle una especie de llave de judo a la impaciencia y conseguir que seamos capaces de disfrutar con la espera?

Sí es posible, pero para eso hay que ser un poco curioso y encontrar en lo que te rodea algo que te enseñe algo, que te llegue a gustar y a lo que decidas dedicarle un poquito de tiempo.

En cualquier caso, la tensión de la espera no es la misma cuando aguardamos, por ejemplo, una cita con una persona maravillosa que una con el médico. Y no debe de ser casualidad que a los “clientes” de los médicos se los llame “pacientes”...

Depende. Si el médico es conocido, si sabes lo que tienes, o si vas a hacer una simple revisión de empresa, no es tan complicado. Pero si vas a un médico que te crispas o vas esperando que te den una mala noticia, la situación es otra y la vivencia asociada, mucho más tensa. Y no sólo con los médicos, que no te creas tú que las cartas que te mandan desde tráfico se viven bien. Desde que recibes la notificación hasta que puedes ir a recogerla a Correos y hasta que abres y te encuentras con que sólo te recuerda que tienes que renovar el carné, se hace un poquito largo...

### QUÉ NOS AYUDA

- La edad. Hágase viejo, por favor.
- La curiosidad, que nos permite distraernos en las esperas.
- La extroversión, que nos facilita ponernos en contacto con los demás.
- La planificación de la tarea y un adecuado planteamiento de los objetivos.
- Disfrutar de lo que tenemos.

### QUÉ NOS DIFICULTA

- La ansiedad.
- La falta de ideas.
- La mala planificación de tareas y objetivos.
- Ser insatisfechos.

